

Fe y vida de fe

✠ José María Yanguas Sanz

Obispo de Cuenca

El domingo 28 de mayo celebramos la solemnidad de Pentecostés, Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Este año el lema de la Jornada dice así: *Juntos anunciamos lo que vivimos*. Con estas palabras se ponen de relieve tres dimensiones fundamentales de nuestra fe: la peculiaridad del anuncio cristiano, la íntima relación entre anuncio y vida, la dimensión eclesial o comunitaria del anuncio.

Hablamos, en primer lugar, de la peculiaridad del anuncio cristiano. El *anuncio* es un acto de comunicación; por medio de él damos a conocer algo a otras personas. Por *anuncio* cristiano entendemos así el mensaje con el que damos cuenta a los demás del hecho cristiano y de su contenido. El anuncio o mensaje cristiano parece incluir la idea de una comunicación breve, resumida, apretada, que no entra en los detalles ni se detiene en aspectos que no se consideran esenciales para dar cuenta de lo que se desea comunicar. El anuncio tiene un carácter esencial, refleja el núcleo central de una enseñanza o doctrina, y trata de hacerlo de una manera un tanto impactante, que despierte la atención o el interés. Las palabras de Pedro y Juan ante el Sanedrín son un ejemplo de anuncio cristiano: «Quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos [...]; no hay salvación en ningún otro» (Hch 4,10-12).

El anuncio cristiano, tal como sugiere el lema para ese día, es anuncio de lo que se vive: *anunciamos lo que vivimos*. Para que el anuncio cristiano sea genuinamente tal, debe ser un anuncio que podríamos decir «vital» o «vivo», no tanto por que sea proclamado con especial energía o vibración, sino, sobre todo, por tratarse de un anuncio hecho

vida en quien lo pregona. La eficacia de la Palabra reside en ella misma; es «viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu» (Heb 4,12). Pero parte de su eficacia depende también de que el anuncio se vea hecho realidad en quien lo hace. Pocas cosas hacen más daño al anuncio que la falta de verdadero empeño en traducirlo en vida propia, en obras. Cuando no es así el anuncio suena vacío, inauténtico, simple ruido de palabras.

El anuncio cristiano, en fin, es algo que realiza la Iglesia misma, aunque deba realizarlo cada cristiano. Por eso dice el lema que anunciamos *juntos*. No es palabra singular, tarea de individuos desvinculados unos de otros: es anuncio de la Iglesia misma. El cristiano sabe que está realizando una tarea dada a la Iglesia; cumple el mandato de Jesucristo a la Iglesia naciente. El contenido del anuncio no es algo inventado por quien anuncia, que se limita a proclamar el mensaje que es de toda la Iglesia y que anunciaron en primer lugar los apóstoles. *Juntos anunciamos lo que vivimos.*

En esta solemnidad de Pentecostés en que celebramos el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, se nos invita a todos los bautizados, especialmente a los laicos, a tomar conciencia de la importancia del anuncio explícito de Jesucristo, «con palabras y obras», como dicen los obispos españoles en su mensaje para esta Jornada.

El primer anuncio, el anuncio esencial de la fe cristiana, fue uno de los itinerarios en los que el Congreso de Laicos celebrado en 2020 nos invitó a profundizar en los años sucesivos. El primer anuncio del evangelio, de su núcleo fundamental, se ve hoy como una prioridad pastoral de las Iglesias particulares de España, una necesidad que se ha puesto de manifiesto también en las conclusiones del proceso sinodal vivido en estos últimos años. El anuncio de Jesucristo, alegre, positivo, optimista, decidido, que queremos que informe nuestras vidas en todos sus ámbitos y aspectos, debe ayudarnos a superar la ruptura entre fe y vida cotidiana, entre fe y simples prácticas religiosas por las que aquella no puede nunca ser sustituida. Deben, por el contrario, alimentarla y avivarla.

28 de mayo de 2023